



SANDRA KISS

Arde, magnífico Cuervo

SANDRA KISS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Este libro es ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, personajes o lugares reales se utilizará de forma ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares y sucesos proceden de la imaginación del autor, y cualquier parecido con personajes vivos o existentes es pura coincidencia.

Advertencias para los lectores:

Este libro contiene algunas escenas violentas y eróticas que pueden herir la sensibilidad de los más jóvenes, así como de los incautos. Edad recomendada: a partir de los dieciséis años.

Sandra Leclerc Loiret - Tous droits réservés - Copyright © 2022

Dépôt légal : septembre 2022

ISBN : **979-10-359-7498-5**

Achevé d'imprimer en France

Prix France: 16,00 euros

Esta historia es mi declaración de amor por América Latina.

Dios te regaló 86.400 segundos hoy. ¿Usaste uno para decir "gracias"?

William A. Ward (1921-1994)

Bluebell

Cerré la puerta con firmeza. La casa olía bien. Me tomé un segundo para hacer una inspiración profunda antes de quitarme los zapatos, para luego dejar las llaves sobre el mueble de la entrada.

Era el momento de dejar mi trabajo fuera de estas paredes. Las preocupaciones, los largos testimonios, el trabajo administrativo... nada de eso tenía cabida en la casa familiar.

Colgué mi bolso en el estrecho pasillo de empapelado amarillento y, al levantar la cabeza, me crucé con mi reflejo en el espejo. No había duda de que esa noche me veía exhausta. Me pasé una mano por mi largo y espeso pelo negro para despeinarlo, esperando recuperar una apariencia de vitalidad. En ese momento mi hermana me llamó desde la cocina:

—Blue, la comida está lista. ¿Vas a quedarte en el pasillo toda la tarde? Ve ayudar a June a poner la mesa.

—Sí, ya voy —respondí deslizando mi móvil en el bolsillo de mis vaqueros.

El pasillo me condujo hasta la sala de estar, donde mi prima June me recibió agrandando los ojos antes de echar un vistazo a su reloj.

—Blue, tengo hambre. ¡Son las 21:30! Este trabajo acabará con tu vida.

Sonreí y fui a buscar vasos en el aparador. Cuando estaba por abrirlo, mis ojos se posaron sobre la foto de mis padres. Sentí dentro de mí ese dolor familiar. Tomé con cuidado el marco, sintiendo el corazón en un puño, los dedos crispados como garras. Los extrañaba muchísimo. Inspiré y luego lancé un suspiro. Hacía dos años que habían vuelto a México para continuar las misiones en otra parroquia. Esta residencia con habitaciones pequeñas necesitaba cruelmente una renovación, pero había aquí mil y un recuerdos de mi niñez. Eran mis padres quienes me habían transmitido, desde pequeña, esta necesidad de ayudar a mi prójimo.

Los fieles de la iglesia de San José eran mi segunda familia aquí en Manhattan. Consagrar mi vida a los otros, a Dios, era mi único deseo, mi única felicidad, a la que aspiraba desde mi más tierna infancia.

—¿Bluuuuue?

Ante el tono amenazante de June, me apresuré a dejar la foto en el mueble y llevé los vasos.

La pasta a la carbonara era mi plato preferido. Con los ojos cerrados, saboreé el primer bocado.

—Siento que hemos encontrado de nuevo a Blue —
lanzó Adriana antes de brindar con June. Asentí con la
cabeza antes de volver a abrir los ojos.

—Por favor, no te cases. Quédate conmigo hasta el fin
de tus días. Necesito este plato cada noche.

Mi prima y mi hermana rieron a carcajadas. Sí, Adriana
iba a casarse el año próximo con Ethan, un cirujano con
una carrera prometedora. Aunque estaba feliz por ella, la
idea de separarme de mi hermana me partía el alma. Tenía
tres años más que yo, como June, y era una segunda madre.
Siempre con la cabeza en su sitio, mi hermana hacía
funcionar esta casa con mano maestra.

Adriana se sirvió otra copa de vino tinto declarando:
“Lo siento, Blue. A diferencia de ti, necesito un hombre en
mi vida.”

—Y en tu cama —añadió June con diversión.

—¡Sobre todo en tu cama!

Ambas soltaron una carcajada. Levanté los ojos al cielo.

—¡Señor! Tienes veintisiete años, Blue. Sigo
preguntándome qué te pasó por la mente a los doce años
para decidir dedicar tu vida a Dios.

Adriana, en desacuerdo con June, la detuvo:

—Eso es entre ella y nuestro Padre Celestial. Es su
decisión. Ella sintió algo ese día y...

Ahí estaba otra vez esa eterna discusión sobre mi
persona y mis decisiones, como si yo no estuviera allí. June
rechazaba los argumentos de Adriana con grandes gestos.
Estaba cansada de todo eso, de tener que dar explicaciones

a todo el mundo sobre este celibato que había escogido. Suspiré y tomé un largo sorbo de agua fresca.

—¿Por qué es asistente social y no monja, entonces?

Adriana iba a responder a June cuando alguien llamó a la puerta. *Gracias a Dios.*

—¡Yo voy!

Me apresuré a levantarme de la mesa, feliz de poder huir, aunque fuera solo por algunos segundos, de ese eterno debate.

Me sorprendí al encontrar a Paolo delante la puerta. Con una ceja levantada, algo suspicaz, salí al porche de la casa, cuidándome de cerrar bien detrás de mí.

—Hola, creí que estabas por la noche, hoy —declaré en voz baja.

Paolo y yo nos conocíamos desde la niñez, él formaba parte de mi familia. Era uno de los hombres más importantes en mi vida, mi pilar, mi alma gemela. Agente de libertad vigilada, a menudo habíamos tenido la oportunidad de trabajar juntos.

Mi amigo inspiró profundamente y luego puso sus manos en la cintura, con aire avergonzado. Era de contextura mediana, la piel bronceada como yo, la cara cuadrada y muy bien proporcionado. Cualquiera se siente seguro teniéndolo cerca; de hecho, emanaba un aura suave y protectora.

—¿Paolo? —insistí, ahora preocupada.

—Siento molestar. Sé que es tarde, pero necesito que aceptes una misión sensible.

Relajé mis hombros y me permití respirar de nuevo. Adiviné que Paolo solicitaba mi ayuda para un ex-convicto. Ese tipo de requerimiento no era inusual.

Crucé mis brazos sobre mi pecho.

—Obvio. Sabes que puedes contar conmigo. Te escucho.

Mi amigo desvió la mirada hacia la calle, bordeada por modestos casas familiares, donde unos niños montaban en bicicletas y patinetes. Había mucha gente afuera o junto a la ventana en esa dulce tarde de primavera. *East Harlem* era un barrio densamente poblado por una comunidad latina donde reinaba la solidaridad entre vecinos.

Incómodo, Paolo descendió un escalón del porche y tiró de su pelo negro y espeso. Frunció el ceño. Algo andaba mal. El joven se volvió hacia mí, la frente llena de arrugas de preocupación.

—Oye, Blue —comenzó Paolo, que tenía dificultades para elegir sus palabras—. Se llama Desya, Desya Olsen. Tiene treinta años, y salió de prisión esta mañana.

Mi amigo hizo una pausa, mirándome con un aire raro. Asentí con la cabeza para invitarlo a continuar, pero se pellizcó los labios moviendo la cabeza. Intenté tranquilizarlo diciendo:

—Todos los ex convictos que me has enviado hasta ahora se han adaptado perfectamente al programa y a los

grupos de apoyo que ánimo. Así que dime qué es diferente esta vez.

Paolo pasó una mano sobre su cara antes de esbozar una sonrisa nerviosa:

—Olsen no es como los otros. Pasó cinco años en prisión por incitación al odio racial y agresión. Es un extremista que propugna la superioridad de la raza blanca.

Me recorrió un escalofrío incontenible. En el silencio que se espesaba entre nosotros, mis pensamientos comenzaron a girar. Mi amigo acababa de soltar una bomba. Había límites que me había fijado en mi trabajo, y este tipo era uno de ellos. Respiré hondo antes de rechazar la misión y luego añadí: “No puedo devolver la vista a un ciego, Paolo. No, no puedo hacer milagros.”

Apreté mis brazos contra mi pecho antes de echar un vistazo a la puerta. Mi amigo se acercó a mí. No tenía intenciones de dejarlo ahí.

—Blue, no te pediría esto si no hubiera visto algo en él cuando estuve con él hace un rato.

Paolo separó los brazos del cuerpo con un pequeño gemido. Cerró los ojos con fuerza. Cuando los volvió a abrir, la súplica en su mirada me hizo dudar. Me tocó a mí apartar la vista hacia la calle.

—He ayudado a esas personas todo lo que pude. Siempre he confiado en ti, pero ahora me estás pidiendo demasiado. Me niego a tener que ver con ese tipo de gente.

—Blue, solo tú puedes hacer frente a este desafío.

—¡No!

—Nuestra Señora de Guadalupe no puede estar de acuerdo con tu decisión. Ella querría que le ayudes.

Miré a Paolo bruscamente, con un aire de reproche, mientras lo señalaba con mi dedo índice.

—Te prohíbo que la metas en esto. No juegues con eso; no juegues con mi fe.

—¡Cómo no hacerlo! Desde pequeños nos explican que debemos ayudar al prójimo, perdonar los pecados. Blue, no puedes abandonar a una oveja descarriada. Has elegido estar al servicio de Nuestro Señor. Es tu oportunidad. Seguramente Él te ofrece en esto la prueba más grande de tu vida.

Indecisa a causa de sus palabras, me cubrí la cara con las manos. Paolo sabía exactamente qué decirme para hacerme flaquear. Hablaba de una prueba, efectivamente, y no la menor. Nuevamente, me negué con tono firme:

—De ninguna manera. Hay otras personas que necesitan de mi tiempo y que realmente desean recibir ayuda.

Paolo me miró un momento. Me obligué a mantener la expresión de mi rostro, recordando que mi trabajo era no juzgar a nadie. Su mirada penetrante, inteligente, que derretía a muchas mujeres en esta ciudad, me atravesó. Sabía que nada me haría cambiar de opinión, así que jugó su última carta:

—Muy bien. No es a mí a quien debes decírselo. Esta tarde, en tu plegaria, será entre Ella y tú.

—Te odio —murmuré, inclinando mi cabeza.